DOS POETAS EN UNA GUERRA (MIGUEL HERNÁNDEZ-PEDRO GARCÍA CABRERA)

Por
CECILIA DOMÍNGUEZ LUIS

En este siglo, donde todo el horror parece superado, donde los valores se subvierten, todo se pone en entredicho y el escepticismo va dando paso a la angustia. Este tiempo en el que el hombre se olvida del «otro» y se contempla, incansable, en los mil espejos que le ofrece la sociedad y que le devuelven la falsa imagen de sus deseos, nos reserva, a veces, sorpresas que nos ayudan a conservar la esperanza.

El mundo, inconstante y caprichoso, olvida con facilidad, tal vez llevado por un deseo de conservación o de destrucción, y entierra en la niebla a los héroes que un día desafiaron a los dioses para traernos fuegos salvadores.

Y así los hombres dejan pronto a un lado la llamada poesía social, por «inservible», y se fabrica unos «ismos» donde sumergir sus ausencias, sin darse cuenta de que todo, lo olvidado y lo nuevo, está inserto en ellos. Porque el hombre, al hacer poesía, escribe o debe escribir «como le sale de dentro», según palabras de Dámaso Alonso, y son las circunstancias «sus circunstancias», las que le hacen optar por un camino o por otro, todos ellos válidos.

¿Dos sensibilidades? ¿Dos maneras diferentes de sentir la poesía, dentro o fuera?... Diferentes, tal vez, pero no contradictorias.

Porque al final está el lector, o el receptor, destinatario único y último, en la soledad o entre la multitud, que necesita ser «movido», encontrarse en sí mismo o en los otros. Y esto lo consigue sólo el buen poeta; intimista o social, Orfeo o Prometeo, Prometeo o Narciso. Todos nos comunican y nos liberan de nuestras miserias cotidianas, no importa el tiempo ni los posibles cambios, muchas veces ilusorios, del hombre.

Y todo esto viene por la sorpresa que supone el homenaje a un poeta que, como dijo Vicente Aleixandre, «se buscó en los otros».

Pero las sorpresas, como las alegrías y las tristezas, según reza un dicho popular, «nunca vienen solas».

Descubrí a Miguel Hernández en mis años de estudiante universitaria; años de revueltas, estados de excepción y grandes ideales. Casi una década más tarde me acerqué a un poeta de estas Islas, Pedro García Cabrera que, como Miguel, sufrió en carne propia la guerra y la cárcel, aunque de éstas salió mejor librado. Sin embargo su voz fue censurada hasta cerca de los años 60, e incluso su obra «más comprometida» no se publica hasta 1981.

Cuando leí algunos poemas de Pedro no pude evitar que llegara el recuerdo del poeta de Orihuela. Da la coincidencia de que los dos poetas escribieron en la cárcel

libros con títulos y temas semejantes: *Cancionero y romancero de ausencias* Miguel, *Romancero cautivo* y *Hombros de ausencia*, Pedro.

Intenté entonces hacer un pequeño trabajo en homenaje a dos poetas que me conmovieron profundamente, pero a mí llegó también el olvido y creo que ahora puede haber llegado el momento de enmendar mi falta.

Miguel, poeta de la tierra, con su raíz de hombre hundida hasta el dolor. Pedro, orillado en unas islas, las Canarias, poeta que va a buscar la esperanza del hombre, su esperanza, a la mar.

Dos grandes poetas en una guerra.

Hubo un tiempo en que los ríos se tiñeron de rojo. Nadie supo entonces quién desenterró las raíces del odio. ¿O tal vez sí?... La quijada yacía en el suelo y Caín, aún cegado por su victoria, alzaba su brazo, dando la espalda a los labios, todavía abiertos, de su hermano.

Y de los labios salieron las palabras.

Pero años atrás, unos ojos se abrían a las primeras luces de la vida. Pedro García Cabrera nacía en Vallehermoso (Isla de La Gomera) en 1905. Miguel Hernández, cinco años más tarde, en Orihuela (Alicante).

Ambos, nacidos en pueblos donde se cantan y recitan romances y coplas, se empapan de lo popular. Sus primeras lecturas (Béquer, Rubén Darío...) van a influir en los primeros poemas, aparecidos, cuando los poetas contaban 20 años, en periódicos de sus provincias. El de Pedro en «Gaceta de Tenerife» (1925), el de Miguel en «El Pueblo de Orihuela» (1930). En los dos poemas se observan, además, resonancias religiosas.

Vendrían luego las influencias de Góngora. Más tarde Lorca y Alberti. Y los primeros libros, abundantes en metáforas, aunque el libro de Pedro se inclina más hacia el camino surrealista.

Lo popular, como dije antes, arraiga profundamente en los dos poetas.

En *Perito en lunas* hay claras huellas populares, a pesar de la gran influencia de Góngora, lo que, por otro lado, no es contradictorio. Prueba de ello son los romances lorquianos, donde se unen lo culto y lo popular y que son aceptados perfectamente por el pueblo.

En realidad, toda la obra de Miguel Hernández tiene un fuerte «aliento popular», aunque éste sea más evidente en sus primeras composiciones, sin olvidar su *Cancionero y romancero de ausencias*, libro en el que el poeta se inserta con fuerza en sus raíces populares.

El propio García Cabrera dice en un trabajo presentado en la III Bienal Internacional de poesía de Knokke (Bélgica) en 1956 y a propósito de «Las fuentes de la poesía popular» –título de su trabajo–: «En Miguel Hernández fúndense, una vez más, las dos corrientes de la poesía mayoritaria o popular y minoritaria o culta...».

Vemos también en Miguel Hernández la utilización de canciones y romances en su poesía amorosa; e incluso el arranque del soneto «Me tiraste un limón y tan amargo...» parte de la copla popular: «Me tiraste un limón / me diste en la cara...».

Coplas populares que también Pedro García Cabrera utiliza y que además, una de ellas, va a dar origen al libro *La esperanza me mantiene* (1959): «A la mar fui por

naranjas/ cosa que la mar no tiene, / metí la mano en el agua: / la esperanza me mantiene».

Quizás porque es en esta copla donde, según D. Domingo Pérez Minik, «está encerrada toda la condición geográfica y metafísica del hombre insular».

Pero lo popular aparece también en las voces utilizadas por ambos poetas. Así en Hernández encontramos voces como «miera», «tuera». La primera que es la brea del pino y «tuera» que es el nombre con el que se conoce a una planta utilizada como purgante: palabra que procede del árabe y que originariamente significó «destrucción».

En Pedro encontramos palabras como «tamasma», nombre que se le da también a la «alpispa», ave pequeña que se muerde la cola; «tarajal», árbol que crece a la orilla del mar...

Testimonios todos ellos de apego a la tierra que conoció sus primeras vivencias.

Pasan los años y llega el compromiso político, la guerra y la cárcel.

Pedro es apresado el 17 de Julio de 1936 y enviado al campo de concentración de Río de Oro (Villa Cisneros), de donde escapa en 1937 para ir a unirse, junto a otros compañeros evadidos, al frente de Andalucía. Es herido en Jaén y en el hospital conoce a Matilde, que luego sería su esposa. En 1939 y tras un intento inútil de huir por Cartagena, es detenido en Granada y permanece en prisión hasta 1946.

Miguel corre peor suerte y, apresado en 1939 y tras una extraña puesta en libertad de 12 días, vuelve a ingresar en prisión donde la tuberculosis y la falta de atención lo llevarán a la muerte en 1942.

Son estos los años en los que la vida de estos dos hombres, al igual que su poesía, parecen acercarse más, a pesar de que nunca llegarán a encontrarse.

Los dos parten de una situación común, decepcionante y angustiosa. Los dos hacen del pueblo el protagonista de sus versos; un pueblo acosado por la guerra, la injusticia y el hambre. En los dos suenan voces de rebeldía e indignación. Sin embargo, la forma de esas voces es diferente.

Por un lado tenemos el acento realista y desgarrador de Miguel; por otro el acento de Pedro que, a pesar de tener conciencia realista del mundo en que vive, su imaginación lo evade de él a través del sueño surreal, aunque más adelante este acento se irá desnudando.

La sensibilidad de estos dos hombres, enfrentados a un futuro oscuro, les hace premonitorios y, llevados por una angustia común, escriben poemas como «Alba de hachas» (Miguel) o «Con la mano en la sangre» (Pedro), donde vislumbran, con inquietud y amargura, lo inevitable.

«Vuela un presentimiento de heridas sobre todos,
llega una tempestad atronadora
de ceños como yugos peligrosos.
Se aproximan miradas catastróficas,
pies desbocados, manos encrespadas,
hachas amanecidas goteando relentes».

(M.H., 1935-36)

«Todo se perderá: corales, ruiseñores,
la última comedia que apunte el caracol desde su concha...

Y de tu voz, hasta de tu voz que enlaza la seda con los pámpanos,
fabricarán cañones que habrán de bendecir los obispos
para que rompan más eficazmente las venas de los sueños...».

(P.G.C., 1936)

En estos poemas aparece ya el primer plano la preocupación por el hombre, no considerado como individuo sino como hombre social amenazado por una guerra inminente que va a arrebatarle la libertad.

En «Alba de hachas» la guerra, «tempestad atronadora», se cierne sobre el hombre, como un apocalipsis aniquilador que destruye indiscriminadamente árboles y hombres, ante el aparente olvido de Dios que «desaparece del sagrario».

El poema «Con la mano en la sangre» también nos habla de aniquilación («Todo se perderá...») y de como el «atronador ruido de los cañones», «bendecidos por los obispos», alejarán la paz y la libertad del hombre que aún se pregunta por qué.

Dos poemas que nos ofrecen una visión premonitoria de futuras heridas, rompimientos, huida de la esperanza, amenazas de odio.

Ya entonces ambos poetas habían conocido todas las tranformaciones de la poesía: el comienzo de los «ismos», la revalorización del Barroco, la poesía del 27 y el Surrealismo, de mayor influjo en Canarias, sobre todo a raíz de la visita de André Bretón y Benjamín Peret a Tenerife, con la consiguiente elaboración de un Manifiesto Surrealista llevada a cabo por «Gaceta de Arte» (1935).

Pero ahora viene el encuentro con el hombre en las trincheras, en la desolación y el caos. Pueblos destruidos, hombres deshechos, gente con cara de hambre e impotencia, heridos marchando en lúgubre desfile hacia los hospitales de sangre.

Una situación que hace exclamar al poeta isleño:

«Sigue el dolor rodando. Y es tan duro
que podría servir de rieles a los trenes cargados de heridos»

(«El reloj de mi cuerpo», 1937)

Versos que nos remiten inmediatamente al poema «El tren de los heridos» del poeta alicantino:

«Ronco tren desmayado, envejecido;
agoniza el carbón, suspira el humo,
y maternal la máquina suspira,
avanza con un largo desaliento»

Imágenes donde el dolor y la angustia llegan a ser parte de los rieles, de las máquinas y el humo.

La poesía de Miguel Hernández se vuelve directa, combativa, escrita para decir en voz alta y arengar en los frentes. La de Pedro continúa siendo de inspiración surrealista, pero puesta al servicio del hombre perseguido por una guerra despiadada.

Y la cárcel vuelve a unirlos en el dolor y la ausencia. Una ausencia no sólo física (mujer, familia, amigos...) sino mucho más profunda y que se ahonda con la derrota. Lejos de los seres queridos, de la amada, del hijo, de los compañeros de lucha, el tiempo se hace lento, se eterniza; la angustia parece vencer y acuden las visiones desesperanzadas: «Tan sólo yo y mi sombra, pensativos, / rodábamos la bola de la ausencia», diría el poeta isleño (*Hombros de ausencia*, 1942).

«... sombra con sombra, contra la sombra hasta que ruede
a la desnuda vida creciente de la nada».

(M. Hernández en sus *Poemas últimos*)

Poemas de marcado pesimismo en los que la sombra es la única compañera o el propio «yo» del poeta, en la oscuridad que los ausenta incluso de sí mismos. Sombra que parece el preludio de algo definitivo: la libertad a través del sueño en uno, la muerte en otro.

Y es que la libertad, por la que los dos poetas luchan con pasión y que les hace exclamar: «Para la libertad sangro, lucho y pervivo, / para la libertad...» (M.H.).

«...con un puñal clavado / entre pecho y espalda / amo la libertad» (G.C.), ha quedado encerrada cuatro paredes que no son las del hogar; hundida en la sombra, rodeada de hierros y silencios. Y los dos poetas, buscando las palabras precisas para volcar en ellas su amarga verdad, eligen el verso corto, los metros y la voz que surgen de sus profundas raíces populares. Y así nacen: *Cancionero y romancero de ausencias* (M.H., 1938-41) y *Romancero cautivo* (G.C., 1936-40), escritos en diversos metros populares uno y enteramente en romances el otro.

En la prisión el sufrimiento se hace tan intenso que los dos poetas recurren a imágenes semejantes:

«Hierros que cercan las venas / y las muerden con rencor» dirá Miguel; mientras Pedro escribirá: «En las venas se me ahondan / los cristales del encierro».

Las venas, conductoras de esa sangre libre que proclama las ansias más profundas del hombre, se ven cercadas y heridas por hierros y cristales. Sin embargo, al final de estos poemas observamos un rechazo a la realidad que los encadena, un deseo de lucha y de libertad que podría realizarse gracias al amor, ahora ausente. Amor conjurador de la muerte y del odio.

He hablado de las venas, conductoras de la sangre, otro símbolo utilizado por los dos poetas, aunque en el oriolano es una constante en su poesía y evoluciona con las circunstancias. Así encontramos títulos como «Mi sangre es un camino» o «Sino sangriento», poemas en los que la sangre significa la pasión de vivir; sangre engendradora y engrandecedora del hombre, cuyo color invade hasta el alma: «De sangre en sangre vengo / como el mar de ola en ola / de color de amapola el alma tengo»; aunque ya en estos poemas se vislumbra un presentimiento trágico unido a una preocupación obsesiva por la muerte. Más adelante y con la llegada de la confrontación bélica, el símbolo evoluciona y pasa a representar el horror de la guerra y la muerte:

«La sangre recorre el mundo
enjaulada, insatisfecha

(«Guerra»)

Para Pedro García Cabrera la sangre será siempre el trágico tributo de la guerra; ríos de sangre con que los «pies salpican sus cadenas» y arrebatan la paz y la libertad al hombre.

«deltas y alfaques de sangre
manadores de hombres que se estrujan...».

(«Los imposibles me lamen las manos»,
de *Entre guerra y tú*, 1936-39)

Otro elemento común a los dos poetas es el amor.

El amor, como fuerza cósmica creadora y destructora a la vez, aparece en Miguel en «El rayo que no cesa», como un deseo de liberación buscado a través de la amada, aunque todavía es un amor no realizado plenamente. Después surgirá la amada como esposa y madre; vientre engendrador de un futuro de esperanza. Y es en el libro *Cancionero...*, donde la presencia de la mujer y del hijo es patente en casi todos sus poemas.

Sin embargo en Pedro, esta presencia aparecerá en poemas posteriores, escritos también en prisión, y que van a constituir otros dos libros. Es sobre todo en *Hombros de ausencia*, libro en el que pasa de lo concreto a lo abstracto, donde el recuerdo del amor y la mujer se hace más palpable.

La evocación de la amada, concretísima en Miguel: «Tus ojos se me van / de mis ojos y vuelven... / Tu boca se me marcha / de mi boca y regresa...», aparece en Pedro de una forma más sutil: «Te has ido sin llegar. Y yo contigo / burlando mis aduanas verticales...» *(Hombros de ausencia)*, aunque en algunos versos observamos ciertos brotes de sensualidad, como en el poema «El reloj de mi cuerpo», cuando siente «las huellas de (sus) tus manos en el aire de (sus) mis cabellos».

Evocaciones que va a actuar como elemento salvador, una especie de oasis en el desierto inclemente de la prisión.

«Boca: oasis abierto
a todas las arenas del desierto...».

(M.H.)

«Toda tu cabellera se derrama
en mi anterior desierto pensativo».

(G.C., *La arena y la intimidad,* 1940)

Poemas que extraen sus imágenes del desierto, de la soledad de la arena, donde la posibilidad del oasis está siempre en la amada ausente.

Este recordar en la ausencia lleva a los dos poetas a una especie de alejamiento, a la liberación dentro de sí mismos. Miguel recuerda a su amada y a su hijo y ansía convertir su recuerdo en un antídoto para la guerra y la cárcel, pero tarde o temprano la realidad dolorosa lo encadena. Hay que tener en cuenta que Miguel tiene los días contados por su enfermedad y esta evocación, aunque a veces tenga atisbos de consuelo y esperanza, como sucede en «Muerte nupcial», que sustenta su fe en el futuro de ese vientre fecundado, vientre que deja de ser individual porque en él se insertan todos los hombres, en otros poemas vuelve a hundirse en la pesadilla de su encierro.

Pedro logra evadirse, en su ascensión a lo abstracto, del presente desolador. El poeta no sólo acude a la amada como un deseo de superar lo desesperado de su situación, sino que llega a imaginar un futuro claro y prometedor que conseguirán juntos a pesar de los obstáculos. Por eso, al evocar a su amada lo hace con la firme creencia en una pronta libertad.

Libertad que no llega y cuya esperanza final deposita Miguel en el hijo, futuro esperanzador al que el poeta pide, no sólo su risa, sino también que defienda la libertad «pluma por pluma», y exclama:

«Tu risa me hace libre
me pone alas.
Soledades me quita
cárcel me arranca...

Siempre en la cuna
defendiendo la risa
pluma por pluma».

(«Nanas de la cebolla»)

Poema donde la risa, ya en sustantivo, ya en verbo, se repite constantemente, en un deseo del poeta por buscar un talismán que borre los instantes de más amargura, como éste que da lugar al poema. Incluso el elegir este tipo de metro (la seguidilla), contrasta con su angustiosa situación.

Pedro, que no pudo ser padre, va a pedirle un hijo al mar, y, como Miguel, pide que en él se cumpla la libertad que busca:

«Un hijo de la mar, que tenga los silencios
de una concha de nácar
que ame la libertad y la persiga
sin dar paz a las nieblas del desprecio».

(«A la mar fui por un hijo», de *La esperanza me mantiene*)

Un hijo que, como podemos comprobar a lo largo de todo el poema, sea un ser universal a «quien le quepa entre los brazos la redondez de un mundo sin fronteras», no un hijo presente en el hogar, sino que responda a sus deseos de libertad. En los dos poemas aparecen la inocencia de la cuna, en Pedro concha de nácar, y la libertad conseguida en Miguel a través de la risa de su hijo, en Pedro en el hijo nacido para un futuro en el que esté «a salvo del temor a tener que defenderse». En los dos un deseo de que el hijo no conozca la realidad que los cerca y de que no pierdan nunca la inocencia de cuna y nácar, la sonrisa que libera.

Miguel y Pedro, dos poetas que respondieron a una misma realidad, que fueron siempre con el hombre a cuestas. Dos hombres que gritaron desde su encierro pidiendo una libertad que les pertenecía y que tal vez hayan encontrado plenamente en la otra orilla. Quiero terminar esta comunicación con un poema que Pedro García Cabrera dedicó a Miguel Hernández.

A MIGUEL HERNÁNDEZ

Amigo y compañero:
islas y serranías te saludan
desde la herida de mi rostro.
Nunca había pisado antes de ahora
las tierras del recuerdo.
Jamás las encontré.
Y es que tu muerte siempre estuvo en alto,
no bajo las cenizas del silencio,
sino arriba
en el globo cautivo
del vientre de las reses
que tú pastoreabas.
Ellos son los que gestan
tu corazón de enjambre.
Y cuando dan a luz
paren tu muerte viva
mientras rumian sus ojos los cielos que se marchan
sumiéndose en la noche.
Sentimos en tu verso la fuerza de los toros

antes de ser morrillos de estocadas,
cuando ponen en pie todo el empuje
de un río liberado.
La muerte nunca pudo aprisionarte.
Tu alma se echa fuera de tus huesos,
rompe con las azadas los terrones,
ama como la lluvia.
No y no. Que no te busquen bajo tierra.
Estás aquí, viviendo con nosotros,
arándonos el pecho.
Es aquí donde estás,
bebiendo nuestra sed de libertades,
hecho viento del pueblo.

CRONOLOGÍAS

PEDRO GARCÍA CABRERA

1905: Nace en Vallehermoso (La Gomera)

1915: Se establece con su familia en Tenerife.

1925: Publicación de primeros poemas en «La Gaceta de Tenerife».

1927: Creación de la revista «La Rosa de los Vientos» de carácter vanguardista.

1928: Publicación de su 1.er libro *Líquenes* (neopopularismo, influencias de Lorca y Alberti).

1930: Fundador de la revista «Cartones» y comienzo de su actividad ensayística.

1931: Compromiso político.

1932: Fundación de la revista «Gaceta de Arte» junto a Agustín Espinosa, D. Pérez Minik, E. Westerdahl, E. Gutiérrez Albelo y Domingo López Torres.

1934: Publicación de *Transparencias fugadas*, obra surrealista.

1935: Visita de Breton y Peret a Tenerife. Manifesto y Exposición Surrealista en el Círculo de Bellas Artes.

1936: Detención y deportación a Río de Oro (Villa Cisneros).

1937: Fuga. Frente de Andalucía («El reloj de mi cuerpo»).

1939: Apresado de nuevo hasta 1946 en que regresa a Tenerife.

1948: Matrimonio con Matilde.

1951: Publicación de *Día de alondras*.

1956: Marcha a Bruselas donde participa en la III Bienal de Poesía, con la ponencia «Fuentes populares de la poesía».

1959: Publicación de *La esperanza me mantiene*.

1968-70: Publicación de varios libros: *Entre cuatro paredes, Vuelta a la Isla...*

1975: Publicación de *Elegías muertas de hambre* (Adonais).

1976: Participa en el 1.er Congreso de Poesía en Tenerife.

1977: Publica *Ojos que no ven*.

1980: Se le tributa un homenaje en el Círculo de Bellas Artes, organizado por la «Joven Poesía Canaria». Enfermedad.

1981: 18 de marzo: Medalla de Oro de Tenerife. 20 de marzo muere.

MIGUEL HERNÁNDEZ

1910: Nace en Orihuela (Alicante).

1925: Deja de asistir a la escuela y trabaja como pastor.

1927: Primeros manuscritos.

1930: Publicación de primeros poemas en «El Pueblo de Orihuela».

1931: Conoce a Josefina Manresa. Primer viaje a Madrid.

1932: Regreso a Orihuela. Publicación de entrevistas en «La Gaceta literaria» y «Estampa».

1933: Publicación de *Perito en lunas*. Colabora en la preparación de la revista «El Gallo Crisis».

1934: Lee en Orihuela «Quién te ha visto y quién te ve». Viaja a Madrid donde se relaciona con la Generación del 27.

1935: Interviene en las «Misiones Pedagógicas». Publica en la revista «Caballo Verde».

1936: Muerte de Sijé. Publicación de *El rayo que no cesa*. Se incorpora al 5.º Regimiento de Milicias Populares.

1937: Matrimonio. Publicación de *Viento del Pueblo*. Toma parte en el Congreso de Escritores Antifascistas.

1938: Muere su primer hijo. Escribe *El hombre acecha*.

1939: Nace su segundo hijo. Detenido en Huelva cuando intentaba pasar a Portugal. Escribe «Nanas de la cebolla».

1940: Se le condena a muerte en un Consejo de guerra. Conmutada la pena por la de 30 años. Cárceles de Palencia y Ocaña.

1941: Traslado a Alicante. Se agrava su enfermedad.

1942: Muere en la enfermería de la prisión el 28 de marzo.

BIBLIOGRAFÍA

PEDRO GARCÍA CABRERA

– «Con la mano en la sangre», escrito en 1936. Pertenece al libro *Entre la guerra y tú*. Inédito hasta 1981.
– «El reloj de mi cuerpo» (1937), del libro *Entre guerra y tú*.
– «Me incorporé en la voz...», del libro *Hombros de ausencia*. Escrito entre 1942-44. Inédito hasta 1981
– «A voz en cuello», del libro *Hacia la libertad* (1977).
– «Primavera en tinieblas» («En las venas...), del libro *Romancero cautivo*. Inédito hasta 1981.
– «Los imposibles me lamen las manos», del libro *Entre la guerra y tú*.
– «Te has ido...», del libro *Hombros de ausencia*.
– «Toda tu cabellera...», del libro *la arena y la intimidad* (1940). Inédito hasta 1981.
– «A la mar fui por un hijo», del libro *La esperanza me mantiene*. Publicado en 1959.
– Poema a Miguel Hernández. Escrito en los años 50.

MIGUEL HERNÁNDEZ

– «Alba de hachas». Escrito entre 1935-36; publicado por 1.ª vez en libro en «Obra poética» de la Ed. ZERO S.A. en 1976.
– «El tren de los heridos», del libro *El hombre acecha* (1937-39). Edición inconclusa en 1939. Completa en 1978.
– «Sigo en la sombra...», de *Poemas últimos*, escritos entre 1940-41.
– «El Herido» (II) del libro *El hombre acecha*.
– «Antes del odio», de *Cancionero y Romancero de ausencias*, escrito entre 1938-41.
– «Sino sangriento», escrito entre 1935-37.
– «Guerra», del libro *Cancionero...*
– «Tus ojos se me van...», poema 28 de *Cancionero*.
– «Casida del desierto», poema 110 del libro *Cancionero...*
– «Nanas de la cebolla», escrito en Septiembre de 1939, del libro *Cancionero y Romancero de ausencias*.